

Eso no, Sancho respondió don Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

Señor replicó Sancho, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar: que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

226

Por Dios, Sancho dijo don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

TEMA V

LAS NOVELAS EJEMPLARES

Nouvella era una narración imaginaria, breve, parecida al cuento, traducida del italiano.

A Cervantes le correspondió ser el introductor y creador de este género en España. Su primera novela fue la Galatea de estilo bucólico, algunos temas de esta novela sirvieron de material para obras posteriores. Escribió historias y novelas cortas intercaladas dentro del Quijote como la historia de Crisóstomo y Marcela, la historia de Cardenio, la novela del Curioso impertinente y la historia del Cautivo que son de género pastoril, sentimental y morisco al estilo renacentista.

Escribió una serie de doce novelas que él llamó ejemplares. En el prologo se dirige al lector y le explica porque les dio ese nombre "si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso". En ellas nos dibuja ambientes y personajes dentro de un marco de tradiciones y valores y de una forma de vivir propia de esa época.

Las novelas ejemplares se pueden clasificar en:

- 1.- Novelas de estilo italiano: El amante liberal, La fuerza de la sangre y la Señora Cornelia.
- 2.- Italianas con algo de realismo: La Gitanilla, la Española Inglesa, Las dos doncellas.
- 3.- a) Realistas: El casamiento engañoso, El celoso extremeño, y la Ilustre fregona.
b) Realista con características picarescas: Rinconete y Cortadillo.
- 4.- Filosóficas: El Licenciado Vidriera y El Coloquio de los perros.

Para tu lectura hemos escogido la novela Rinconete y Cortadillo porque aparte de ser ejemplar pertenece a la novela picaresca del primer período que ya conoces.

Esta novela nos presenta las aventuras de dos muchachos quienes se encontraron y formaron los dos un equipo de pillos e ingresan a formar parte de la cofradía de Monipodio jefe del hampa sevillana.

227

RINCONETE Y CORTADILLO

Miguel de Cervantes

EN LA VENTA del Molinillo, que está puesta en los afines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años; el uno ni el otro pasaba de diez y siete. Ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los de uno eran alpargates tan traídos, como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cornas, que de zapatos. Traía el uno montera de cazador. El otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerada y recogida toda en una manga. El otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caíreladas, y las manos no muy limpias. El uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestear en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

¿ De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina ?

Mi tierra, señor caballero respondió el preguntado, no lo sé, ni para dónde camino tampoco.

Pues en verdad dijo el mayor que no parece vuesa merced del cielo y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

Así es respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho. Porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como al-

nado. El camino que llevo es a la ventura, y allí la daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

Y ¿ sabe vuesa merced algún oficio ? pregunto el grande:

Y el menor respondió:

No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gramo, y corto de tijera muy delicadamente.

Todo esto es muy bueno, útil y provechoso dijo el grande; porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

No es mi corte de esa manera respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó a cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

Todo eso y más acontece por los buenos respondió el grande, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas. Pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas, yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

Sí tengo respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar. Y para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descansen conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, de éste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuénfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan. Mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir,

que es bulero o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio y le aprendí de manera que no daría ventaja en echar las burlas al que más presumiese en ello. Pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras de mí; prendiéronme, tuvo poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la Corte. Tuve paciencia, escogí los hombres, sufrí la tanda y mosqueo, y salí a cumplir mi destierro, con tanta prisa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes y a este tiempo descubrí los que se han dicho que en el cuello traía con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzarán que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once. Que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera de esto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quíno-las, y del parar, a quien también llaman el andaboba, que así como sa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre; porque aunque llegue a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y de esto hemos de hacer juego la experiencia los dos; armemos la red, y veamos si cae algún pájaro de estos arrieros que aquí hay: quiero decir, que jugaremos los dos a la veintiuna, como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

Sea en buena hora dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mía, que diciéndola más breve, es ésta: Yo nací en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: Mi padre es sastre. Enseñóme su oficio; y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra. Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas;

porque no pende relicario de toca, ni hay faltriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui acogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dio noticia de mi habilidad al coregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas graves, procuré de no verme con él. Y así, salí de la ciudad con tanta prisa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno o por lo menos de un carro.

Eso se borre dijo Rincón, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces. Confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos.

Sea así, respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba, y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón, y Rincón a él, tierna y estrechadamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y paja, mas no de grasa y malicia, y a pocas manos, alzaba también por el as Cortado como Rincón su maestro.

Salió en esto un arriero a refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio. Acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veintidós maravedís, que fue darle doce lanzadas y veintidós mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano a su media espada, y el otro al de la cachas amarillas, le dieron tanto quehacer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo pasara mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestar a la venta del alcalde, que está media legua más adelante; los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los paciguaron y les dijeron que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

Allá vamos dijo Rincón, y serviremos a vuestras mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se dueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y a la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer que dos muchachos hubiesen engañado a un hombrazo tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que, aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

En esto Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes, que lo más del camino los llevaban a las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las valijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasión tan buena del viaje a Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse. Con todo esto, a la entrada de la ciudad, que fue a la oración y por la puerta de la aduana, a causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la valija o maleta que a las ancas traía un francés de la camarada; y así con él de sus cachas le dio tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un librito de memoria, cosas que cuando las vieron no les dieron mucho gusto, y pensaron que pues el francés llevaba a las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, y quisieron volver a darle otro tiento. Pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado, y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del arenal, y de ellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habrían de traer a morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno de ellos qué oficio era aquél, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia.

Un muchacho asturiano, que fue a quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo a quien dar fianzas y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.

No les pareció mal a los dos amigos la relación del asturianillo, ni les decontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podían usar sin examen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios o nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repararía la carne, pescado y fruta, y en el costal, el pan. Y él les guió donde lo vendían y ellos, del dinero de la galima del francés, lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieron estar graduados en el nuevo oficio, según le ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas a la carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes al río; los jueves, a la feria.

Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hicieronle mil preguntas, y a todas respondían con discreción y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado, y el soldado a Rincón.

En nombre sea de Dios dijeron ambos.

Para bien se comience el oficio dijo Rincón; que vuesa merced me estrena, señor mío:

A lo cual respondió el soldado:

La estrena no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete a unas amigas de mi señora.

Pues cargue vuesa merced a su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude a guisarlo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir que él le sacaría de aquel abatido oficio; a lo cual respondió Rincón que, por ser aquél día el primero que le usaba, no le quería dejar tan presto hasta ver, a lo menos, lo que tenía de malo y bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle a él antes que a un canónigo.

Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato. Dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió a la plaza, por no perder coyuntura. Porque también de esta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene a saber, albures, o sardinas, o acedías, bien podían tomar algunas, y hacerles la salva, siquiera para el pasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

234

Por presro que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Llegóse Cortado a Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

Con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más. Tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo a Cortado le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de a dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dýjese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando.

A lo cual con estraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

Lo que yo sabré decir de esa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

Eso es ello, ¡ pecador de mí ! respondió el estudiante. Que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron.

Lo mismo digo yo dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal, tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que, con el tiempo, el que llevó la bolsa se viesese a arrepentir, y se la volviese a vuesa merced sahumada.

El sahumero le perdonaríamos respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió, diciendo:

Cuanto más. que cartas de descomunión hay, paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura, aunque, a la verdad, no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, pareceríame a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

Y ¡ como que ha cometido sacrilegio ! dijo a esto el dolorido estudiante; que puesto que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dio a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

235

Con su pan se lo coma dijo Rincón a este punto. No le arriendo la ganancia. Día de juicio hay, donde todo saldrá en la coladera, y entonces se verá quién fue Callejas, y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿ cuánto renta cada año, dídame, señor sacristán por su vida ?

¡ Renta la puta que me parió ! Y ¿ estoy yo ahora para decir lo que renta ? respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera. Decidme, hermano, si sabéis algo, si no, quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

No me parece mal remedio ése dijo Cortado; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

No hay que temer de eso respondió el sacristán, que lo tento más en la memoria que el tocar de las campanas. No me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado, para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara, y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán a una parte, y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole. Y como no acababa de entender lo que decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces.

Estábele mirando Cortado a la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faltriquera, y despidiéndose dél, le dijo que a la tarde procurase verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba a saberlo, dentro de pocos o de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla que vio todo lo que había pasado y cómo Cortado daba el pañuelo a Rincón, y llegándose a ellos le dijo:

Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada o no?

No entendemos esa razón, señor galán respondió Rincón.

¿Qué no entrevan, señores murcios? respondió el otro.

No somos de Teba ni de Murcia dijo Cortado; si otra cosa quiere, díjala; si no, váyase con Dios.

¿No lo entienden? dijo el mozo. Pues yo se lo daré a entender y a beber, con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuestras mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto eso, pues sé ya lo que son. Mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán? dijo Rincón.

Si no se paga respondió el mozo, a lo menos registranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestros y su amparo; y así, les aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia, o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

Yo pensé dijo Cortado que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de ésta, que por ser la más principal del mundo, será el mas acertado de todo él. Y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

Y ¿como que es calificado, hábil y suficiente! respondió el mozo. Eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

En verdad, señor dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar.

Comencemos a andar, que yo les iré declarando por el camino respondió el mozo, con otros algunos, que así les conviene saberlo como el pan de la boca.

Y así les fue diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos o de la germanía, en el discurso de su plática, que no fue corta, porque el camino era largo.

En el cual dijo Rincón a su guía:

¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

Sí respondió él, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo: